

Manifiesto o testamento de la conciencia occidental, mamotreto pasado de moda, gran fresco de la conciencia europea, he escuchado sobre *La montaña mágica* todo tipo de comentarios contradictorios, pero siempre grandiosos y amedrentadores. Nadie, sin embargo, tuvo la piedad de decirme que *La montaña mágica* era una novela cómica. Una gran farsa que no teme caer una y otra vez en la caricatura.

El propio Thomas Mann señala que su objetivo al empezar a escribir lo que será su obra maestra, era escribir un pequeño cuento en un tono de ironía inglesa. La guerra, que imposibilitaba toda liviandad, alargó la novela y la ironía inglesa se mezcló con la grandiosidad alemana, creando una gigantesca novela que tiene el perfecto argumento de una novela corta (un señor que va a ver a su primo a un sanatorio donde se convierte en un enfermo más). *La montaña mágica* es así, como *El Quijote*, como *Tristram Shandy*, como todos los libros de Dickens, como *La Cartuja de Parma*, como *Madame Bovary*, o *El proceso*, una sátira que se ensanchó hasta tragarse el mundo. Por desgracia, los amantes del alemán suelen no ser amantes del sentido del humor, y la obra de Mann está rodeada de toda suerte de pomposidades reverenciales, de las que –por desgracia– el mismo Mann tuvo la debilidad de participar no pocas veces.

Thomas Mann encontró en la enfermedad, el gran tema de su literatura. La muerte en Venecia está relacionada intimamente con la creación artística, su crisis y su declive. Así el cólera es sólo el terreno de juego en que el desorden del sexo y el rigor del arte juegan un partido mortal. En *La montaña mágica*, Mann deja de preocuparse por la enfermedad del arte, para investigar el arte de la enfermedad. Su protagonista no es escritor ni pensador, ni un lector atento o conciencioso. No es ni siquiera una persona interesante, o profunda, no parece atormentado por ninguna obsesión o

manía importante. Es un joven rico, normal y promedio al que la enfermedad dota de pronto de una creciente sensibilidad, de una nueva conciencia de sí mismo y del mundo, que se parece a la de los artistas pero que no se convierte en arte, sino en pura y dura sobrevivencia.

La enfermedad, descrita con lujo de detalle por Mann, es un apéndice que tiene todos los síntomas del arte, pero que a diferencia de éste, termina en la muerte. Mann descubre que la literatura y la enfermedad son vecinos, condenados a pelear o entenderse. No es un azar que en cualquier lista de grandes escritores de todos los tiempos, figuren eminentes enfermos que escribieron, con desesperado apuro, cuando la enfermedad era más aguda.

Uno de estos grandes enfermos, Roberto Bolaño, escribió una brillante y emotiva conferencia que se llama *Enfermedad+Literatura=Enfermedad*. No soy muy bueno para las matemáticas, pero algo me huele que la fórmula tiene más de rabia contra el dolor acuciante que lo obligaba a apurar su obra, que de exactitud matemática. Bolaño no fue el escritor que fue porque estaba enfermo, pero habría demorado más tiempo a sentarse a escribir si no hubiese sabido que la muerte existe. Creamos o no en Dios, o el Diablo, o el limbo, o los átomos intergalácticos, escribimos todos para sobrevivir, es decir, para vivir de sobra, sobre la muerte y sobre la vida misma. Sólo cuando sabemos que la novela tiene fin podemos empezar a escribirla, sólo cuando es peligroso y vano salir a la calle, le podemos imponer al cuerpo el encierro de la escritura.

Por lo demás nada hay más parecido a un escritor que un enfermo. Ambos viven de contar sus síntomas a distinta gente. Su correcto diagnóstico, y su posible sanación, dependen en gran parte de la precisión con que cuentan lo que sienten, cómo pueden encadenar las secuencias de sensaciones a una lógica. Así desarrollan sobre los diversos

estímulos externos –comida, temperatura, el país, los amigos– una serie de teorías que los ligan con su cuerpo, con su patología o con su recuperación.

Los enfermos, como los escritores, suelen ser supersticiosos, empiezan su obra o su cáncer creyendo en la ciencia y la razón, y sucumben a las manos de todo tipo de terapeutas orientales, o brujos holísticos que los salven a cualquier precio.

Los enfermos se rodean, como los escritores, de una corte que los ama y los mimas, que no les exige nada, que les perdona todo porque el pobrecito sufre tanto. La lástima pasa a convertirse en sumisión y la sumisión en tiranía. Porque el enfermo, como el escritor, supone y hacer suponer a los que lo rodean, que está en contacto con otro mundo, que otras fuerzas, la del tumor o la de la novela, lo habitan. Su debilidad, paradójicamente, lo hace fuerte, misterioso, distinto, mejor que nosotros.

Hasta que se caga, se mea o vomita en medio de su discurso sobre el más allá. El escritor y el enfermo es alguien que tiene que renunciar al miedo al ridículo y a las fronteras del pudor. En cualquier consulta, a cualquier hora tiene que desnudarse.

Puede no creer en nadie, ni en nada, pero depende por completo de la voluntad de un hombre de blanco. La mirada externa –en el escritor se puede llamar talento o conciencia, o crítico, o público lector–, que relaciona el dolor de muela con el resfrío, que comprende lo que no ve, que de una muestra puede inferir todo un historial.

Ante esa presencia mágica, la del médico, la de la inspiración, los enfermos y los escritores suelen quedarse callados, inmóviles, buenos y sabios. El resto del tiempo, escritores y enfermos suelen ser insoportables...

Perdón, quise decir inconsolables.

Rafael Gumucio
Santiago de Chile-70

